

|1|

Ay, cuerpo que al amor se resiste
No ofreciendo su nocturno abandono a unos labios

Fernando Charry Lara

Lo ocurrido me hizo comprender que no es posible cambiar el destino de las personas, aunque en algún momento pensé que sí, que de haber adivinado lo que pasaba por la cabeza de aquella obstinada muchacha, le hubiera evitado sufrimientos con sólo empujar despacio, sin hacer ruido, la puerta de acceso a ese mundo enmarañado que sin embargo emitía una luz, revelándome un rosal florido del que me llegaba su fragancia. Confieso que me obsesioné desde antes de conocerla, de modo que no encontré reposo hasta que me presenté, un día, sin preámbulos, sin sospechar que todo estaba perdido para mí. Su imagen surge así, de repente, en una calle, en una esquina, en una cafetería donde queda algo suyo, un tono que percibo si miro el espacio y la forma de las cosas desde su perspectiva, lo cual es inevitable porque me siento atado a ella aunque no esté conmigo, aunque se me haya escapado como el humo de su cigarrillo, pues lo que queda de ella es una ausencia.

Cuando en los diarios leo las noticias relacionadas con agresiones y asaltos, pienso en ella. No faltan los sinvergüenzas que husmean por los caminos tras las alocadas criaturas. ¡Son lobos disfrazados de cordero! Eligen a las precoces vampiresas que matan a disgustos a sus padres. Éstos atajando y ellas siempre abriéndose paso, siguen un instinto, obedecen a una fuerza expansiva, a una necesidad vital de experiencia. Saben que las espera el peligro, lobos que en un descuido les echan un narcótico en la bebida e inconscientes las llevan a un descampado donde, después de aprovecharse las abandonan y hasta puede que acaben con sus vidas. Pero el mal

ejerce su poder de seducción por cuanto habita en nosotros como un virus dormido, siempre a la espera de una oportunidad y a veces se disfraza de amor, de modo que no es posible verlo como una amenaza y así, sus efectos malignos se disimulan proporcionando un placer doloroso que crea adicción.

Inconscientes, los otros juzgarán desde un ángulo estrecho los efectos de un tránsito tortuoso cuyos meandros desconocen. ¡Dios nos ampare!, dirá la madre, con aspaviento, mientras la hija escucha malhumorada. La mujer, amenazadora, espera, reloj en mano. Fíjese la hora que es, papá va a montar en cólera, y yo sin dormir. ¡Maldita manía de no llamar, al menos para decir dónde está! Como una medusa vigila, la persigue pidiendo explicaciones; el padre, en cambio, grita energúmeno, aquí se cumplen las normas. ¡Mientras viva en esta casa, acepta las condiciones o de lo contrario, a la calle! Es un estribillo que se lleva dentro... El hombre es hombre... Ella intenta evadirse, pero el discurso la sigue. No aguanto esta perorata, dice para sus adentros, dándoles la espalda. Ahí tiene las noticias, para que vea que no es mentira lo que decimos. El padre tira el periódico sobre la mesa, señala con el índice rígido, amenazador. La hija se retuerce de furia, abandona el recinto, para encerrarse en su cuarto.

Ella siente la presión y sabe que va a disparar el tapón, poniendo en peligro esa maquinaria que comprime tantas energías, vidas frustradas, heridas antiguas, que solo dejan resentimiento e impotencia. Que ocurra una catástrofe, que la tierra deje de girar, pero que mi vida cambie, piensa ella, bajo su caparazón... No retrocederá en aquel momento, cuando presiente que “pronto va a librarse de esa cruz”. Y pensar que unos días atrás, cuando era niña, la recogía el bus del colegio cerca de su casa y la dejaba en el mismo lugar a la misma hora. Entonces, no había escapatoria. Pero el sermón llega puntual a la hora de las comidas. Aunque haga oídos sordos, las sentencias la alcanzan en la habitación donde hojea revistas dirigidas a las adolescentes con trucos de belleza, test de personalidad, marcas de colonias y estrategias para atrapar a los hombres.

Diecisiete años, ella es inmune a las advertencias de las mujeres de la familia, una jauría de amargadas que le pronostican desgracias, si se desvía del camino que, aseguran, conduce a la vida

feliz reservada para ella. Con lo bien que está una en su propia casa, insisten, nadie te prohíbe que traigas amigos, que los presentes, que se sepa quiénes son. Pero ella quiere salir de ese mundo y crear uno propio que no piensa compartir. Siente pena de esas infelices que a su edad se asomaban al balcón esperando que pasara el príncipe azul destinado a rescatarlas. No valía decirles, la cosa no es así, ahora es distinto. Las pobres, diría, sólo consiguieron un marido infiel, un ogro celoso o un sinvergüenza, que se aprovechó. Por eso, mejor situarse en el lado opuesto, en la otra cara de la luna, en esa oscuridad peligrosa que le está vedada a las cobardes, al final de la cual, suponen, nos espera la muerte.

Hija única, estudiante, o aprendiz de Filosofía, empieza una vida distinta a la diseñada para ella. Buscará el amor, aprovechará cada ocasión para conocer mundo. Cambiará el color rosado por el rojo, el azul celeste por el negro, el dorado falso por el fuego, el día por la noche, sólo para las que asumen riesgos. Nunca más volverá a la hora prevista. El bosque encantado la invita a perderse en parajes extraños donde acechan criaturas esquivas. Empieza a conocer gente en las discotecas, bebe y fuma sin cesar, pero al cabo del tiempo, se da cuenta de que está sola y se aburre. Aterrizan en las fiestas que organizan sus amigos en las casas de los padres, cuando estos se van de viaje, baila con unos y con otros, se permite, y evita, acercamientos. Encuentra una cómplice con quien prueba a tener aventuras subiéndose a los autos de los desconocidos que pasan despacio frente a la universidad. Así, los días son más emocionantes porque experimentan el vértigo del peligro y ella se siente viva, justifica el instante. Cada hombre es un enigma; cada viaje, un salto al abismo. Escapar de ellos es una proeza, tanto como asumir el reto de su cercanía.

Sin embargo, sólo está dispuesta a dejarse llevar por una fuerza poderosa, un remolino que la envuelva, no por el primero que pase. A esa verdad se aferra para no ser tragada por el ritmo de las bandas sonoras que la hace girar sin detenerse. Al diablo ese muchacho torpe que le mete la mano en la blusa, cuando ella le confiesa su deseo de una vida apasionada, pero no contigo imbécil, murmura, entre la algarabía de la masa aturdida. No reconoce el amor en unos ojos vacuos. Tampoco eres Robert De Niro, grita furiosa, entre el ruido metálico y la ebriedad sofocante, cuando él le reprocha su

brusco rechazo, ¿acaso no puedo echarme para atrás, si me doy cuenta de que no me gustas? Detesta enredarse con moluscos que la acusan de psicorrígida, huye de sus torpes requerimientos. Esos sujetos la desvían de los sueños que la aguardan. Piensa en un lugar encantado, tal vez en casas misteriosas, o en parques románticos, en rincones donde se refugian los solitarios. Busca a un hombre adulto, un artista enigmático al que va a revelar sus secretos. El deseo de traspasar el límite la domina, la convierte en una fugitiva. Huye de sí misma, busca lo que más teme, la muerte, el peligro, lo incierto de esa verdad informe, voluble, cambiante, fantasmal.

Su nocturnidad desespera a la familia, incapaz de atajar la fuerza de esa naturaleza indómita. Pero ganar el espacio es para ella acumular reservas de vida, provisiones para el futuro. Ignora que dentro del pecho lleva una bomba de tiempo cuando presiente que el amor ronda en el parque donde suele sentarse a leer y a tomar el sol, mientras mira a los indigentes. A medida que avanza, la densa neblina invade la atmósfera. Abajo, los árboles mecen sus ramas sensuales, las lánguidas hojas de los sauces caen voluptuosas. Arriba, la luna, envuelta en un manto de fino tul, recibe a su amante con una copa de cristal en una mano, en la otra una botella de vino. La dama espera con su mejor traje al enamorado que pone a sus pies incienso. La mujer crece como una deidad cuando se siente amada.

En la plazoleta cercana al parque que en otro tiempo fue punto de encuentro de los jóvenes rebeldes, la muchacha presiente al amante clandestino, aquel que va a exigirle abandonarlo todo por amor. A cambio, él le ofrecerá un mundo de sensaciones desconocidas. Si eso no ocurre, se vestirá de exploradora y escapará al sur siguiendo el rastro de algún aventurero que, como ella, buscará un mundo nuevo; se adentrará en la selva enmarañada, luchará contra fieras y alimañas, para llegar al otro lado fortalecida. Sumergida en esas cavilaciones, tropieza con el artista atormentado que, cual alma en pena, va persiguiendo a las musas reacias a dictarle la obra inmortal que necesita para justificar su existencia.

Sergio León Gómez, treinta y siete años, joven promesa en los setenta, vive cerca de ese parque donde esa muchacha que se llama Aura, fantasea mientras sus padres prefieren imaginarla estudiando con una amiga. La casa del artista es insólita en aquel entorno de

demoliciones y nuevos edificios. Con él viven un gato negro y una empleada doméstica que, según dicen, lo tiene hechizado. Corren rumores de que es alcohólico y está enfermo de misantropía. Sus únicos amigos son el médico de cabecera y el prestigioso crítico Karl Blume que avala su talento y lo anima a seguir con esa carrera literaria, truncada desde la publicación de una novela premiada en un certamen nacional, y de la que apenas se vendieron diez ejemplares. A esa obra fallida se suman un par de libros de cuentos editados, gracias a una fundación alemana. Se le conocen algunas críticas en las más importantes revistas del país y un par de artículos en los periódicos. Lleva años sin publicar una línea, pese a que, según declara en una entrevista, está dedicado por entero a la escritura.

En sus excursiones nocturnas, tal y como deseaba, Aura conoce a León Gómez una noche en la que, como tocada por la gracia divina, las luces de neón le señalaban el camino al otro lado. Esa noche ella se sentía tan leve que apenas rozaba el suelo con los pies. A la altura de la calle Once con Sesenta y tres distingue una silueta, cada vez más nítida bajo los rayos de la luna que proyectan su sombra. De mediana estatura, de andar elástico, ese hombre parece hecho a su medida. Camina con la despreocupación de un bohemio y se acerca envuelto en una aureola de misterio. Aura ya sabe que ese hombre es el amor de su vida y que es la única oportunidad de abordarlo. Coge la flor, le dice el corazón. Él avanza con la cabeza gacha, indiferente a lo que ocurre alrededor. Ella utiliza el truco habitual, antes de que la esquive, y le grita, señor, por favor, ¡fuego!, luego simula revolver en su bolso, buscar distraída el encendedor. El aire helado abofetea sus mejillas.

León Gómez la mira de reojo, retrocede un paso y se queda frente a ella. Saca las cerillas e intenta encender una, dos y tres, pero el viento las apagaba con furia, como si quisiera sabotear el encuentro. Le dice que no son horas de andar por la calle donde husmean violadores o atracadores en busca de una presa, que él podría ser uno. Ella le contesta que sabe defenderse, es karateca y está preparada para afrontar el peligro. Igual que los hombres, sale a pasear por la noche, no hace falta que le adviertan lo que puede ocurrirle. Él le dice que es inútil exponerse para demostrar lo valiente que es. Habla con la voz catarrosa de los fumadores empedernidos y estornuda sin taparse la boca. Entre los dos hacen una barrera con

las manos para vencer la fuerza del viento y mantener vivo el fuego, mientras encienden los cigarrillos. Él se sienta a su lado en el banco y empiezan a conversar. Ella se instala en una historia de amor, se deja llevar por sus palabras. Él se queja de lo perversas que pueden ser las jovencitas, hábiles en el arte de engatusar a los hombres hasta hacerlos perder el sentido.

Sus manos son de una palidez extrema, como si no llegara la sangre a ellas y tan frías que quisiera darles calor, pero no se atreve. Cuando le pregunta la edad, responde que tiene veinticinco años. Él sabe que miente, aunque simula no enterarse y le sigue el juego. La acusa de tenerlo planeado, dice que se siente como una mosca en las redes de la araña, y que en ese momento sólo es una pobre víctima de sus hechiceras artes. El flechazo se produce cuando los ojos azules de él la atraviesan con su pena. Detrás de la ironía de cada frase, ella intuye un dolor profundo, una frustración, un desengaño, una traición, algo que debe remediarse con amor, con sacrificios.

La cautivan sus palabras roncadas y serenas, la ironía de sus frases, la cadencia de su voz. No es un seductor vulgar, ni siquiera le habla de amor, tampoco intenta propasarse. ¿Qué hace vagando en una noche tan fría? Dice que le gusta ver la luna, eso tranquilizaba a sus perros. ¿Cuáles, si no veo ninguno?, pregunta ella. El hombre suelta una estruendosa carcajada. Los que me muerden el alma, responde. Ella confiesa que también le gusta caminar, mientras la ciudad duerme, las luces se apagan, bajan las persianas y escapan los sueños por las ventanas. Surgen sentimientos que no le ha despertado nadie, salen frases nuevas, como si él tuviera la capacidad de extraer sensaciones precisas. Adora la calle, libre de los transeúntes que se empujan en una absurda carrera, que no se detienen a pensar si la vida tiene sentido, dice ella.

Veo que nos parecemos, dirá León Gómez, somos criaturas nocturnas, las estrellas nos guían. Él se identifica con los perros que ladran inquietos por no soportar la belleza de la luna. Se dedica a seguirlos, observa cómo husmean entre las bolsas de basura. Les tira comida, e interpreta su lenguaje. Al calor de la conversación surge una muchacha audaz, un nuevo yo emerge de su pecho y la libera de sus complejos. Él también fuma sin parar y por momentos parece no escucharla. Ella sucumbe a su mirada ausente. Está a punto rogarle que la bese, pero no le salen las palabras, como si se

levantara una barrera entre ella y su deseo. Se muerde los labios y espera a que se acerque, ruega para que empiecen a sucederse las caricias que la libren de las palabras. Él le frota la espalda para protegerla del frío. Sigue hablando de los perros, de la luna, de la crueldad del mundo, de la maldad humana, de la pureza natural.

— ¿No será biólogo o veterinario? —pregunta ella.

—De ninguna manera, soy etólogo.

— ¿Qué es eso?

—Una mezcla de psicólogo y antropólogo.

—No me hable de psicólogos —dice, desviando la mirada.

— ¿Por qué?

—No, por nada... —responde, eludiendo la curiosidad del hombre.

Él deja escapar unos cuantos poemas, como cualquier artista. El tiempo pasa veloz, mientras especulan sobre las leyes del universo aplicadas a las mujeres y a los hombres, hasta que consumen los cigarrillos. Él la rodea con el brazo y permanece en silencio, ausente. Ella tiembla de emoción, de miedo, de una mezcla de sensaciones, mientras ve apagarse el cigarrillo y diluirse el humo entre la cruda neblina. Quiere desaparecer con él, arder con él, formar una hoguera con él. Tras aplastar la última colilla, él se levanta y ella hace lo mismo. Ni siquiera se ofrece a acompañarla a su casa, ¿será que no le importa dejarla al amparo de los maleantes?, se pregunta desolada, porque él es capaz de irse sin decir adiós, pero enseguida mira hacia atrás y ve que ella lo sigue y, entonces, la invita a un café en su casa y el alma le vuelve al cuerpo. Acepta sumisa la invitación, aunque dentro de sí amenaza una explosión: la respiración agitada y el torrente sanguíneo está a punto de estallar en sus mejillas. Hace oídos sordos a los malos augurios, caminan por la Trece, doblan por la Sesenta y uno, suben hacia la Once, tropiezan con cajas de cartón y bolsas de basura reventadas por los perros. La sorpresa es grande al ver que se detienen ante el viejo caserón. Traspasa el umbral de la puerta, convencida de que si no se arriesga esa noche, no tendrá una segunda oportunidad. Le excita saber que transgrede las normas grabadas con fuego.

Dentro se relaja al escuchar el chirrido del portón que se cierra tras ellos. No le importa quedarse a vivir para siempre con ese

desconocido. Un enorme gato negro sale a saludarlos. Él le acaricia el lomo, le dice que se llama Lucifer. El gato se restriega contra la pierna de León Gómez y empieza a ronronear. Ella intenta tocarlo, pero el animal corre despavorido y se pierde bajo el sofá. En los muebles reconoce el estilo de épocas pasadas: óleos de paisajes flamencos, una enorme chimenea llena de periódicos; cortinas malva, que parecen ocultar los secretos de ese personaje inquietante, y los muebles tapizados de terciopelo rojo, desteñidos y rasgados que dan cuenta del abandono de sus habitantes. Un sofá de tres cuerpos que se impone sobre el mobiliario indica que la casa tuvo momentos de esplendor. Al frente tropieza con una mesilla de mármol donde se acumulan periódicos, revistas y libros. A los lados, las sillas Toné, la mecedora de mimbre, el sillón donde él se apoltrona después de quitarse la trenca. Contra la pared, un aparador caoba, encima el retrato de algún antepasado, enmarcado en un marco dorado y al lado, platos de porcelana, recuerdos de viajes al extranjero. Cerca de la ventana languidecen los helechos sedientos.

Lucifer, cinco años, hijo de Margarita y Fausto, madre e hijo respectivamente, gato sin ningún pedigrí, sale bufando de debajo del sofá. León Gómez le cuenta que recogió a Margarita en uno de sus vagabundeos nocturnos. Ésta se juntó con un ejemplar negro que encontró en los tejados. Tuvo cinco crías manchadas y una negra: Fausto, que Sergio se queda para sí (no le dice que María del Rosario ahoga a los otros cuatro. Le oculta la existencia de la mujer). Fausto se convierte en un fabuloso animal callejero que desaparece sin dejar rastro, pero Margarita queda preñada. Entre las cuatro crías, elige a Lucifer (las otras tres sufren la misma suerte de sus antepasados). Finalmente, Margarita muere envenenada, no por amor, sino por golosa y Lucifer se convierte en el rey de la casa.

Tras dar cuenta del linaje del gato, le ofrece un café que va a preparar a la cocina. Regresa con una bandeja y la coloca sobre la mesa de mármol, disimulando el temblor de sus manos. Pone una ópera, Fausto, le dice. ¡Como el papá de Lucifer!, exclama ella. ¡Exacto!, responde él, con la más dulce sonrisa, mientras saborea el café. Ella dice que está amargo y pide leche para rebajarlo; se ofrece a ir a la cocina, pero él la ataja contrariado, como si ocultara algo terrible. Mejor voy yo, espéreme que ya regreso, le dice, y ella se queda hojeando revistas, una en francés, Temps Modernes.

María del Rosario Angulo, conocida como Mara, cuarenta y dos años, asesina de gatos, nacida en una hacienda del Valle, hija ilegítima del patrón y de María Remedios Eslava, descendiente de esclavos africanos, trabajadores de los ingenios azucareros, propiedad de la familia León Gómez, hábil en el arte de la farmacopea, en el que fue iniciada por sus antepasadas. Sabe extraerle esencias a las plantas, desde la raíz hasta las flores. Excelente cocinera, eficaz administradora, goza de la confianza de la madre de León Gómez. Es enviada a la capital para que se ocupe del hijo y lo proteja de borrachos vividores que se instalan en la casa y con quienes se bebe su asignación mensual. Ama de llaves amante, capaz de arrancarle los ojos al que pretenda aprovecharse de don Sergio. Tolerante de mala manera a sus amigas y cuando no le gustan, dicen, eso no se puede saber, que les echa el mal de ojo.

León Gómez regresa molesto de la cocina. No hay leche y a esa hora están cerradas las tiendas. ¿Sabe quien es Sartre?, le pregunta en un tono despectivo, señalando la revista. Sí, dice ella, el profesor de Lógica nos hablaba mucho de él. Lo conoció cuando estudio en la Sorbona. Vendía periódicos en la puerta de la facultad. El artista cambia de humor repentinamente, se muestra inquieto, va al aparador y se sirve una copa, como si algo hubiera ocurrido entre el trayecto que va del salón a la cocina. Antes de que acabe la música le dice malhumorado que está cansado, que quiere dormir, que puede marcharse cuando quiera. Aura se levanta, busca la puerta de salida, da un portazo y se aleja de aquella casa, muerta de furia contra sí misma. Pero lleva dentro las palabras del hombre y la música que alimentará sus nostalgias. A partir de ese momento la habitará el deseo intenso de volver a ver a un individuo al que pretenderá convencer de que el amor puede acabar con el escepticismo, derribar las barreras más sólidas, e incluso redimir a los malditos.